

VIOLENCIA Y CONSUMO DE DROGAS EN ESCUELAS SECUNDARIAS. UN ESTUDIO CUALITATIVO

ADRIANA OROZCO MARTÍNEZ

Este reporte informa sobre los hallazgos relacionados con los temas de violencia y consumo de drogas entre estudiantes del nivel de educación secundaria. La información se recuperó a través de entrevistas realizadas a alumnos, docentes y directivos de veinte escuelas secundarias de las modalidades general, técnica y telesecundaria.

En cuanto a la violencia, se abordan las distintas formas de agresión que manifiestan los estudiantes, particularmente la verbal y la física, así como la existencia de *bandas* y el vandalismo.

Sobre el consumo de drogas, se presenta información sobre las distintas manifestaciones que este problema tiene al interior de las instituciones educativas, su magnitud y las acciones que el personal escolar realiza a fin de atender esta problemática.

Las formas más comunes de expresión de violencia son las agresiones verbales y físicas. El pandillerismo y el vandalismo se identificaron en pocos de los casos estudiados y con poca magnitud.

El problema del consumo de sustancias ilícitas resultó ser también de poca magnitud; sin embargo, igualmente se identificó que el problema parece ir en aumento y que se ha diversificado.

En ambos problemas se observa que un factor que interviene fuertemente es el de la descomposición social y familiar. Por otro lado, también se evidenció que estas realidades son difíciles de enfrentar y resolver por las escuelas, debido a la carencia de personal formado y de programas expresamente destinados a su atención.

1. Las agresiones verbales y físicas

Desde la perspectiva de los directivos y docentes, un problema importante al interior de las escuelas es el lenguaje inapropiado que usan algunos de los estudiantes. El uso de lenguaje inapropiado no constituye necesariamente una forma de agresión verbal, en opinión de los alumnos; lo es en la medida en que cumple el objetivo de insultar o denigrar; es así que desde la perspectiva de los estudiantes, las agresiones que no incluyen un componente de expresión física, van más allá del uso de lenguaje inapropiado. Se trata de lo que algunos teóricos del tema han llamado *bullying*, que incluye la burla –a través del uso de sobrenombres, por ejemplo-, la marginación social y el rechazo, problema mayormente referido por las mujeres en el estudio.

Difícilmente catalogadas como agresiones, ya que se trata de expresiones aparentemente inofensivas y raramente adquieren manifestaciones de violencia física, la burla, la marginación y el aislamiento representan en realidad formas de agresión oculta que pueden tener efectos tanto o más perversos que las agresiones físicas; algunas de las declaraciones de los estudiantes dejaron ver esto, especialmente porque los problemas tenían un tiempo considerable de existencia y los estudiantes afectados dijeron sentirse indefensos ante tal situación; cuando estos problemas habían sido denunciados a los maestros, no habían sido atendidos.

Probablemente porque que no se perciben propiamente como actos violentos –a menos que deriven en golpes-, se observó que, por lo general, este tipo de agresiones no son atendidos consciente y racionalmente en las instituciones escolares a diferencia de otros tipos de conductas como la interrupción, la indisciplina, el vandalismo y las agresiones físicas que son más visibles.

En el caso de la agresión física, se identificaron diversas manifestaciones en las distintas escuelas que participaron en el estudio. Desde algunas que son producto de los juegos y acercamientos físicos entre los muchachos, hasta otras que en su origen llevan una intención expresa de agresión física, como los pleitos o riñas.

Aunque este tipo de agresión no es de ocurrencia común en las escuelas estudiadas, lo cierto es que suele ser una consecuencia de situaciones conflictivas preexistentes. Lo delicado del asunto, según lo dejaron ver las evidencias recogidas al respecto, es que cuando no se les presta atención o no se encuentran alternativas o medios para la solución de los problemas que surgen entre los alumnos, las agresiones físicas terminan siendo mecanismos legítimos o aceptados de solución, lo que a la postre afecta la convivencia escolar.

2. Pandillerismo y vandalismo

El pandillerismo y el vandalismo fueron otras de las situaciones detectadas en las escuelas participantes en el estudio, aunque en pocas. En cuanto al primer caso, lo que los directores refirieron fundamentalmente fue la existencia de bandas o pandillas en los alrededores de la escuela; sin embargo, algunos de sus alumnos formaban parte de ellas. En lo que concierne al vandalismo, si bien suele estar relacionado con la existencia de bandas, se identificó

también de manera independiente, es decir, en escuelas que no reconocieron la existencia de bandas o pandillas en su entorno inmediato o a su interior.

En opinión del personal docente, el hecho de que algunos de los estudiantes fueran miembros de algún grupo o banda no resultaba en sí mismo problemático; los problemas surgían cuando el interior de la escuela se convierte en escenario de actuación y de expresión de poderío, generándose múltiples conflictos que muchas veces salen del control del personal escolar. En este sentido, la expresión más común de manifestación de las pandillas o bandas identificada por el personal escolar fue el grafiti

Además, se encontró que el pandillerismo tiene profundas raíces sociales y es otra muestra de la forma en que la dinámica que impera en el contexto sociocultural que rodea a la escuela se expande hacia el interior de la misma.

Por otro lado, aunque no se asoció a la existencia de pandillas, en algunos casos se reconocieron otra clase de daños como la destrucción de los bienes inmuebles y muebles de la escuela, o la afectación de objetos pertenecientes a los profesores y el personal de las escuelas, como sus automóviles. Todas estas expresiones de violencia, especialmente en el caso del daño a los objetos de los profesores, dejan ver que se trata de la forma de reaccionar por parte de los alumnos ante la imposibilidad de hacerlo directamente contra las personas; parecen ser, también, una respuesta desmesurada ante la ausencia de medidas efectivas de control y disciplina.

3. El consumo de drogas

Por su parte, el consumo de sustancias nocivas por parte de los alumnos de las escuelas que participaron en el estudio, se refirió como una problemática importante, si bien ello ocurrió en pocas escuelas.

De los veinte casos estudiados, sólo en cuatro se aceptó abiertamente que al interior de las escuelas existían problemas de adicción a drogas ilícitas como el pegamento y la marihuana; sin embargo, siete escuelas se ubican en localidades donde la drogadicción es un problema importante, al decir del personal escolar entrevistado. En dos escuelas en particular, los directivos señalaron que poco más del diez por ciento de sus alumnos estaban ya identificados como narcodependientes.

A diferencia, el consumo de drogas lícitas como tabaco y alcohol se reconoció como un problema existente al interior de la mayoría de las escuelas, si bien, no generalizado ya que se habían detectado casos aislados.

Los comportamientos en este renglón -ya se trate de drogas lícitas o ilícitas- son típicos: el consumo es realizado por los estudiantes en lugares apartados y a donde difícilmente accede el personal escolar.

Otra cuestión a resaltar es que probablemente el consumo de drogas ilícitas y lícitas, como las que fueron referidas por las personas entrevistadas, sean fenómenos estrechamente asociados, ya que en aquellas escuelas en las que se identificaba el consumo de drogas ilícitas se enfrentaba también el de las lícitas.

En cuanto a las implicaciones escolares de esta problemática, se observó un patrón importante: la relación entre consumo de drogas, bajo rendimiento escolar y problemas de comportamiento. Según las referencias, el consumo de drogas incidía en el aprovechamiento escolar afectando seriamente el futuro de los alumnos, también porque dificultaba la relación escolar de quienes presentaban problemas de adicción con el resto de los estudiantes y el personal de la escuela.

Las percepciones de los directivos de las escuelas estudiadas respecto al origen de esta problemática -y de otras que se les asocian como la violencia y la indisciplina- son

muy similares. Las principales razones que se arguyen hacen referencia a factores del ambiente familiar y sociocultural en el que se desenvuelven los jóvenes: conflictos o incluso desintegración familiar y descomposición social.

En la percepción de los directores de las escuelas secundarias estudiadas, el contexto social y familiar en el que se desenvuelven los estudiantes es determinante en la manifestación de adicciones a sustancias nocivas a la salud. Como lo indican los datos mostrados, factores como la facilidad de acceso, bien porque la droga se comercializa en la localidad donde se ubica la escuela o en las cercanías a ésta; o porque los miembros de la familia o el grupo de pares la consumen, favorece la aparición y prevalencia de esta práctica entre la población escolar.

Las escuelas que abierta o veladamente reconocieron la problemática del consumo de drogas -especialmente de las ilícitas- en los alrededores o en su interior, tenían las siguientes características: i) se trataba de escuelas de las tres modalidades, general, técnica y telesecundaria; ii) eran escuelas pequeñas ubicadas en localidades de escasa población, a excepción de una ubicada en una colonia de una gran ciudad; iii) todas eran de contexto bajo, compartían, en otras palabras, la marginalidad de su entorno.

4. Respuestas de las escuelas ante el problema de las adicciones entre sus alumnos

En los pocos casos en los que se admitió tener problemas de adicción entre la población escolar, generalmente se observa una actitud de preocupación y de ocupación en la solución del problema, aunque también cabe decir que las alternativas de acción no parecen ser muchas y que más temprano que tarde se enfrenta la disyuntiva de mantener o expulsar a los alumnos afectados.

Las acciones más comunes para enfrentar así como para prevenir las adicciones consisten en la realización de conferencias y talleres por parte de personal de instancias especializadas como el DIF, los centros de rehabilitación y la Asociación de Alcohólicos Anónimos, de manera masiva y generalizada para la totalidad de los estudiantes; la canalización a estos mismos organismos se realiza en casos particulares y de adicción comprobada.

Cuando los problemas de adicción en la población escolar son serios, se manifiestan abiertamente las limitaciones para atender adecuadamente esta realidad, especialmente en escuelas que se ubican en localidades que carecen de centros certificados para el tratamiento de las adicciones.

Por otro lado, cuando se presentan situaciones críticas de adicción con conductas de consumo al interior de la escuela, y ante la imposibilidad de brindar ayuda directa a los alumnos, la medida utilizada es su expulsión de la institución.

También es preciso señalar que algunos directivos se resistían a aceptar que en sus escuelas hubiese problemas de esta naturaleza, aún cuando por distintas fuentes (entrevistas a alumnos, docentes tutores, padres e incluso otros integrantes de los equipos directivos) se obtuvo evidencia en sentido contrario.

Hay pues, reacciones diversas por parte del personal directivo de las escuelas ante esta problemática. En algunos casos se realizan acciones preventivas o se canalizan los casos identificados a las instancias correspondientes, como se ha señalado ya; en otros, simplemente se aplica el reglamento, expulsando a los alumnos y deslindándose así del problema. Lo cierto es que se observan también posturas de negación o minimización de estas situaciones y se evade cualquier responsabilidad sobre lo que ocurre fuera de los muros de la escuela.

Casos en los que se asume una actitud pasiva y de negación o una “política de avestruz” como señalan algunos autores, son frecuentes en el mundo escolar. Argumentos como “no se da en todos” son los más usados favoreciendo así que tales conductas permanezcan *implícitas*; se impone una filosofía del “dejar hacer, dejar pasar”. Por otro lado, se trata de casos –no sólo como consecuencia del consumo de drogas, sino de la existencia de otro tipo de conductas problemáticas entre los estudiantes, como las agresiones físicas y el vandalismo-, con un ambiente de convivencia sumamente deteriorado que dificulta las tareas de enseñanza. En este sentido se encontró que cuando los alumnos perciben que en el ambiente escolar hay escasa preocupación o desestimación del consumo de drogas, es más probable que este fenómeno se mantenga o incremente. Asimismo, el consumo tiende a estar acompañado de bajos niveles de exigencia académica y de disciplina.

Las respuestas por parte del personal escolar ante los problemas de violencia y consumo de drogas, fueron variadas: desde la pasividad total, ignorando los problemas, hasta la aplicación de sanciones severas como la expulsión, e incluso, cuando la falta lo ameritaba en opinión del personal directivo, el uso de la fuerza policíaca. Asimismo, también se reconoció, por parte de algunos directivos, que la atención a este tipo de problemas requiere de un permanente y formativo diálogo con los jóvenes y sus familiares. Adicionalmente, se identificó que las escuelas carecen de personal especializado y de programas expresamente destinados a enfrentar estas problemáticas, lo que limita sus posibilidades de actuar de manera efectiva; ello prácticamente en todas las modalidades educativas.

Conclusiones

Los resultados aquí presentados muestran que las formas más comunes de expresión de violencia son las agresiones verbales y físicas, sin ser en ninguno de los casos estudiados una situación de magnitud importante. Se observa también que hay diferencias en cuanto a su manifestación entre los alumnos, especialmente considerando el género de éstos.

Otros problemas importantes son el pandillerismo y el vandalismo, si bien, se identificaron en pocos de los casos estudiados.

En algunas de las escuelas estudiadas las expresiones de violencia por parte de los alumnos parecen estar fuertemente determinadas por la estructura organizacional de la propia institución educativa, especialmente cuando se carece de esquemas y pautas claras sobre la convivencia y cuando el personal docente y directivo no se involucra efectivamente en la atención a estas situaciones.

Con relación al consumo de sustancias ilícitas, se observa que esta problemática es una de las formas en que la descomposición social se refleja dentro de las escuelas. También se identifican factores de riesgo que parecen estar relacionados con esta problemática. Entre los factores sociales y familiares destaca el que los amigos y la familia practiquen estos hábitos; en el caso de los factores de índole escolar, el bajo aprovechamiento.

Las respuestas por parte del personal escolar ante los problemas de violencia y consumo de drogas son variadas, algunas de ellas enfrentando los problemas de manera activa, crítica y responsable. Sin embargo, no se trata de la mayoría de los casos. Lo que sí parece ser una cuestión generalizada, es el reconocimiento de que se carece de personal especializado y de programas escolares o extraescolares que atiendan efectivamente estas problemáticas; ello prácticamente en todas las modalidades educativas.